

María Luisa Valenzuela Barriga (1912- 2007)

Mujer guayaquileña que dedicó su vida a impulsar el progreso de obreros ecuatorianos y sus familias

Agradezco a los moradores de la ciudadela Sopeña que me han motivado a hacer este pequeño libro sobre la fructífera vida de mi tía María Luisa Valenzuela; especialmente a Juan Proaño, Enrique Laaz, Letty Poveda y Lilia Chavez, quienes me han relatado los esfuerzos que ella hizo para que sus amigos del Centro Obrero de Guayaquil tengan buenas viviendas.

A la Comunidad de la Fundación Dolores Sopeña, especialmente a María Leonor Amador, cuyo trabajo sobre el Instituto en Guayaquil y recuerdos sobre María Luisa utilizamos para hacer esta corta reseña de ella y su vocación de servicio.

Al Municipio de Guayaquil y a su Alcalde Jaime Nebot que han regenerado el parque y han apoyado el pedido de los moradores de erigir una estatua en memoria de María Luisa Valenzuela.

**Benjamín Rosales Valenzuela
Guayaquil, marzo de 2017**

María Luisa Valenzuela: una vida de servicio

Ha sido un inmenso orgullo escribir esta corta reseña de la vida y obra de María Luisa Valenzuela Barriga, motivado como estoy con la inauguración de esta inspiradora estatua que la conmemora. He sido testigo del perseverante empeño realizado por amigos de nuestra querida Lucha, principalmente ex socios de la Cooperativa de Vivienda “Nuestro Hogar”, hoy vecinos de la Ciudadela Sopeña, para levantar este monumento que recuerda a esta noble mujer que dedicó sesenta años de su vida procurando una mejor capacitación y calidad de vida para cientos de obreros ecuatorianos y sus familias.

La juventud de María Luisa

María Luisa nació en Guayaquil el 25 de septiembre de 1912, hija del entonces ya renombrado médico, el Dr. Alfredo Valenzuela Valverde, y de doña María Luisa Barriga Marín. Fue la tercera de seis hermanos; al mayor Alfredo que siguió la carrera de medicina como su padre, le siguieron Maruja, Lucha, Isabel, Guadalupe y Ángela. Con el fin de educar a sus cinco hijas, el Dr. Valenzuela trasladó a su familia, exceptuando al hijo mayor que ya estudiaba medicina en la Universidad de Guayaquil, a vivir en Bruselas para que ellas se eduquen, aprendiendo además francés e inglés. Durante esos años él viajaba a Europa anualmente, visitaba a su familia, y aprovechaba para participar en congresos médicos

especializados en enfermedades tropicales, a los que era invitado como exponente por el gran prestigio internacional del que gozaba. María Luisa tenía trece años en marzo de 1926 cuando se emite su pasaporte, junto a su hermana María, para viajar a Europa.ⁱ

La familia habría llegado a Bruselas al final de la primavera, ya que los pasaportes ecuatorianos están fechados en marzo de 1926. Las cinco hermanas deben haber recibido clases de francés para ingresar, a inicios del otoño, al Colegio del Sagrado Corazón de Lindhaut, en la capital belga. María y María Luisa, las dos hermanas mayores debieron entrar directamente a la secundaria, puesto que en las ediciones de 1930 y 1931 de la revista “Les Palmarés” del Colegio, en los que a María Luisa la distinguen por su sagacidad y buenos resultados escolares, parecería haber terminado los estudios en el liceo.

El doctor Valenzuela se afanó porque sus hijas aprovechen el tiempo en Europa estudiando. Todas ellas pasaron temporadas en un colegio de los Sagrados Corazones al sur de Inglaterra para aprender bien inglés, las tres menores lo hicieron años lectivos enteros. Cuando mi tía María Luisa murió contacté al antiguo colegio de Bélgica y conocí que ella figura en los registros del Colegio de Lindhaut, no solo como excelente estudiante sino también como dedicada catequista; aquello confirma lo que yo había conocido desde antaño: la tía María Luisa tenía una vocación espiritual y de servicio a los demás desde muy joven.

En los dos años siguientes, desde inicios de 1931 hasta que regresaron al Ecuador, mientras sus hermanas menores continuaban la secundaria, María Luisa estudió secretariado y contabilidad en el Instituto Superior “Ixelles” de Bruselas; su padre había visto el aprovechamiento de ella en el colegio y

conocía de sus habilidades económicas por lo que ella debía prepararse para utilizarlas de la mejor manera al regresar a Ecuador, él confiaba que ella manejaría las actividades económicas de su concurrido consultorio y le ayudaría a administrar los bienes raíces de la familia Valenzuela Barriga en Guayaquil, dejando a un lado la vocación religiosa que Lucha ya manifestaba.



Figura 1. Fotografía de las hermanas Valenzuela en 1928 con uniforme del Colegio de Lindhaut, de izquierda a derecha por orden de altura: Ángela, Guadalupe, Isabel, María y María Luisa.

Desde que la familia regresó a Ecuador en 1933, María Luisa trabajó para su padre. Ella atendía con mucha eficiencia los asuntos administrativos del concurrido consultorio del doctor Valenzuela, y administraba algunas propiedades urbanas de la familia: mantenimiento y reparaciones, cobro de alquileres, pago de impuestos, e incluso dirigir nuevas construcciones de cemento

armado. El doctor Valenzuela era bien conocido por cobrar adecuadamente a los más pudientes y atender gratuitamente a los más pobres, y fue un inteligente administrador de bienes heredados por él y su esposa María Luisa Barriga Marín.

Al regresar a Guayaquil luego de residir casi seis años en Bélgica, las hermanas restablecieron viejas amistades en los altos círculos sociales de la ciudad. María Luisa era muy distinguida por su inteligencia, simpatía y sencillez, pero entre sus amistades cercanas eran notoria la preocupación de María Luisa por



Figura 2. María Luisa Barriga con sus hijos: Alfredo, Guadalupe y María Luisa

atender las necesidades de las personas de menor nivel económico y su desinterés por aceptar halagos de pretendientes.

En ese entonces la familia del Dr. Alfredo Valenzuela Valverde vivía en la calle Pedro Carbo, frente al parque Montalvo, y disfrutaba sus vacaciones en una casa solariega en el balneario de Data de Villamil; esta fue creciendo con los matrimonios de Guadalupe, Isabel y Alfredo a partir de 1937, y la llegada de los primeros nietos.

La figura 2 es una fotografía, de los alrededores de 1935, donde

esta doña María Luisa Barriga de Valenzuela con sus hijos Alfredo, Guadalupe y Lucha, seguramente durante una de las temporadas de veraneo en Data. En la dirección de la mirada de María Luisa, quien tendría unos veinte y cuatro años en esa

fecha, se nota la modestia de la joven.

Pasaron diez años desde el regreso de Europa hasta que ella decidiera finalmente ingresar al Instituto Catequista que fundara Dolores Sopeña en España en 1902, que se caracterizaba por trabajar en la capacitación y progreso de la clase trabajadora en las crecientes ciudades del siglo XX. Por conversaciones con parientes y amigos que la trataron durante esos años, conozco que ella estuvo convencida que su vocación era el servir a las clases trabajadoras para impulsar su progreso. Mi madre incluso me dijo alguna vez que ya desde que estaban en Bélgica, Lucha había exteriorizado su vocación religiosa. Antes del viaje a Europa la familia vivió en una vieja casona de la familia Marín en las calles Colón y Pichincha, en el epicentro de la masacre obrera de noviembre de 1922, ¿no se habría impresionado la niña de diez años con esos eventos?, y ese recuerdo fue llenando su espíritu de deseo para hacer acción católica en beneficio de los trabajadores. Desde 1933 en que la familia regresó a Guayaquil, María Luisa batalló entre su intención religiosa de servir a los obreros y las exigencias empresariales y sociales a las que su padre le imponía.

La Fundación OSCUS en Guayaquil

Después de los trágicos acontecimientos del 15 de noviembre de 1922, en el que fueron masacrados cientos de obreros en las calles de Guayaquil por una terriblemente desatinada acción de tropas de la policía y del ejército nacional, que reprimieron a bala a los exaltados manifestantes, la Iglesia Católica se preocupó por impulsar su labor pastoral y la acción social en la clase obrera de la ciudad. Desde que Monseñor Carlos

María de la Torre tomó posesión canónica de la diócesis de la ciudad en junio de 1927, se empeñó en impulsar la catequesis de la clase trabajadora, y buscó los medios para hacerlo.

Desde 1892 Dolores Sopeña se había dedicado a crear Centros Obreros de Instrucción y una asociación de apostolado seglar en ciudades industrializadas de España, y en 1902 el gobierno de España aprobó los estatutos de la asociación civil que fue luego conocida como Obra Social y Cultural Sopeña (OSCUS), y que ahora es la Fundación Sopeña. En 1917 envió catequistas de su organización religiosa a Chile donde fundaron la primera casa en América. La ahora beata Dolores Sopeña muere en 1918, pero su obra continuó expandiéndose en ciudades españolas. Cumplía con el propósito de atender las necesidades espirituales y capacitar a los obreros y sus familias. El tres de octubre de 1931, doña Patrocinio Torrecilla, Directora General del entonces “Instituto de Damas Catequistas”, firmó con el Obispo Carlos María de la Torre el compromiso de fundar en Guayaquil una casa de la organización que tendría el apoyo de la Diócesis para el desempeño de sus ministerios. El sencillo documento, firmado cuando la religiosa española estuvo de paso a Santiago de Chile, donde se había establecido la primigenia casa de la obra en América, fue seguramente fruto de algunos contactos previos entre Monseñor de la Torre y la organización fundada por Dolores Sopeña.ⁱⁱ

El 25 de abril de 1832 arribaron a Puná, donde fueron recibidas por la Sra. Isabel Yerovi de Matheus, las primeras siete catequistas que venían a establecer la Obra de Dolores Sopeña en Guayaquil. Era una época en que regía en Ecuador la Ley de Cultos, que prohibía la entrada al país de religiosos extranjeros, y aunque las señoritas españolas no vestían hábito, ellas, el obispo y las damas de la Acción Católica que las apoyaban, actuaban con

prudencia para no provocar alguna reacción de las autoridades. Durante el primer año de estadía en la ciudad se dedicaron a hacer contactos necesarios para empezar su obra. En mayo de 1933 las catequistas Valentina Torres-Quevedo e Isidra Cervera lideraron la primera reunión de señoras que apoyaban la obra de las “Damas Protectoras del Obrero”, en la que eligieron la directiva conformada por Susana de Santistevan, María de Arzube. Mercy de Miller, Alais de Gómez, Enma de Aspiazu, Lola Amador de Heinert, Teresa Márquez de Amador, María Leonor de Marcos, Carlota de Maulme, entre otras destacadas damas de la ciudad. Con la ayuda de las voluntarias guayaquileñas, el 14 de ese mes se inauguró el Centro de Hombres en la escuela 9 de Octubre, y en julio del año siguiente se iniciaron las clases en el Centro de Mujeres. En esos tiempos muchos obreros eran analfabetos, o habían cursado solo dos o tres grados de primaria, por lo que las clases incluían escritura, lectura, gramática, aritmética, dibujo, e incluso inglés, según lo requerían los obreros que acudían al Centro.

Las catequistas españolas habitaban en un inmueble de la Sociedad de Beneficencia de Señoras, contiguo a la residencia de las Madres Salesianas y al Colegio María Auxiliadora. El 12 de octubre de 1935 tuvieron una desagradable sorpresa, las visitó el Vicario de la Diócesis con la novedad de que el Intendente de Policía tenía una orden verbal de deportarlas a España. Resuelven entonces, con la Sra. Yerovi de Matheus que se refugien en su casa hasta que se aclare la angustiosa situación. ¿Cuál era la causa del infortunado problema?, dos señoritas guayaquileñas, colaboradoras de la obra, tenían intención de entrar en la organización religiosa de las damas catequistas, y sus padres habían armado un tremendo escándalo ante las autoridades, acusando supuestamente a las españolas de querer secuestrarlas. Las dos señoritas eran María Luisa Valenzuela y María Rosa Pareja,

hijas de los doctores Alfredo Valenzuela y Wenceslao Pareja. Quince días estuvieron angustiadas las catequistas españolas, las señoras guayaquileñas que conformaban la directiva de la obra acudieron donde los padres de las jóvenes y las autoridades, hasta asegurar la seguridad y permanencia en Ecuador de las catequistas y la labor que realizaban en el Centro Obrero. Para evitar otros incidentes, le pidieron a María Luisa y María Rosa, valiosas jóvenes colaboradoras de la obra, que dejen de participar en la acción educativa de los obreros. ¿Qué gran disgusto habría tenido María Luisa Valenzuela con su padre, quien armó tal escándalo para impedir su vocación de servicio? Ella se dedicó al trabajo familiar y soportó con humildad la imposición paterna que le impedía entrar a la vida religiosa, y ni siquiera colaborar con el trabajo que las “damas españolas” hacían para capacitar a los obreros de Guayaquil e impulsar su progreso. Según la reseña del Instituto Dolores Sopeña en Guayaquil que María Leonor Amador, religiosa de la obra, escribió en mayo de 2001, sobre este incidente: – “terminó el asunto y quedaron nuevamente en paz”–, el 28 de octubre de ese 1935.

La Obra de OSCUS fue avanzando poco a poco, las damas catequistas españolas recibían el apoyo de muchas señoras y señoritas guayaquileñas, que daban clases de diferentes materias a los hombres y mujeres de la clase trabajadora de la ciudad, según sus requerimientos. –“Más tarde ya se tuvo que buscar profesorado preparado en sus especialidades, en lugar de las clases con solo la buena voluntad de las señoras”–, como recuerda María Leonor Amador en su obra.ⁱⁱⁱ

Ingreso de María Luisa Valenzuela en el Instituto Catequista Dolores Sopeña

María Luisa habría estado convencida de que su futuro en la vida era seguir la vocación de Dolores Sopeña y trabajar por el desarrollo material y espiritual de las clases trabajadoras, carentes en las primeras décadas del siglo pasado de centros educativos y talleres artesanales que los preparaba para ser más productivos.



**Figura 3.
María Luisa Valenzuela
cerca de 1940**

Desde que las “Damas Protectoras del Obrero” se establecieron en Guayaquil, María Luisa hubiera querido ser parte de la obra, pero la irascible oposición de su padre a ese empeño, y el amor filial que la llamaban a obedecer el designio paterno, retrasaron su ingreso a la Institución durante casi una década.

Con el apoyo de su madre y hermano Alfredo, ella se embarcó hacia Valparaíso a fines de mayo de 1942 para ir a la Casa del Instituto Catequista Dolores Sopeña en Chile. Mi madre recordaba que eso ocurrió pocos días después del terremoto que destruyera algunas construcciones modernas en Guayaquil, incluyendo una en la que murió su primer esposo, por lo que ella había regresado a la casa familiar con sus tres hijos.

El doctor Valenzuela se disgustó mucho con el viaje de su hija María Luisa a Chile para ingresar a la organización religiosa de Dolores Sopeña. Según mi hermana Marilupe, la mayor de sus



Figura 4. María Luisa al terminar el Noviciado de las Damas Catequistas en Chile 1945

nietos, él renegaba de la decisión que había tomado su hija María Luisa, ella recuerda que el abuelo Alfredo tapó la cara de su hija Lucha en todas las fotografías que se exhibían en la casa. Se sentía traicionado, y no la perdonó sino con la visita que ella le hiciera en 1946, pocos días antes que él falleciera de un cáncer que le afectó al sistema digestivo.

María Luisa Valenzuela no fue la primera ecuatoriana que ingresó en la organización que fundó la beata Dolores Sopeña, Laura Buschelli lo había hecho en 1940. La formación religiosa y de servicio social que las nuevas catequistas debían realizar en el Instituto en Santiago de Chile duraba cinco años, y mientras ella lo estaba realizando, llegó en 1945 otra guayaquileña empeñada en el progreso de la clase obrera: María Leonor Amador Márquez. Ella y María Luisa fueron entrañables compañeras, sirvieron a Dios a través del Instituto Catequista trabajando en la educación espiritual, cultural y tecnológica de hombres y mujeres de familias obreras, para que ellos sean gestores de su progreso. Las dos catequistas de la Fundación Sopeña se dedicaron a esta noble causa cristiana en Guayaquil por más de medio siglo.

María Leonor relata que en 1946 María Luisa viajó a España para terminar el proceso de Formación en la Casa de la Obra en Madrid, como todas las catequistas lo debían hacer. Durante ese viaje pasó por Guayaquil y pudo ver a su padre por última vez. Luego de que María Luisa terminó su preparación como Catequista del Instituto y se realizó la ceremonia de Admisión Definitiva en la

organización religiosa, fue asignada para trabajar en Madrid donde estuvo, según María Leonor, más o menos un año apoyando la publicación de la revista de OSCUS. Hacia 1948 María Luisa Valenzuela regresó a Ecuador y su primer destino fue Quito. María Leonor recuerda que María Luisa trabajó en la capital ecuatoriana unos diez años con intensidad y entusiasmo, antes de que la comunidad la enviara a trabajar en su ciudad natal a finales de 1957. En Guayaquil ella sirvió incansablemente a la clase trabajadora el resto de su larga y fructífera vida.^{iv}

Cuando María Luisa vino a Guayaquil como directora del Instituto Catequista Dolores Sopeña en 1958 dedicó primeramente sus esfuerzos para recaudar los fondos necesarios y construir un edificio propio para el Centro Obrero de OSCUS (este fue ubicado entre las calles Antepara, Junín, Machala y Urdaneta) en un sitio céntrico, adecuado para la obra social y cultural que realiza la ahora llamada Fundación Dolores Sopeña. La edificación se construyó por etapas, a medida que María Luisa con las catequistas y voluntarias de la Obra realizaban eventos benéficos, editaban y vendían libros, y conseguían apoyo económico de empresarios amigos, avanzaba la obra. La primera fase se terminó en 1960 y desde entonces ese Centro Obrero ha funcionado activamente. Recuerdo que yo dí clases vespertinas de historia y geografía a grupos de obreros en 1968, en una sección del edificio que estaba terminada. Alrededor de 1985 acudí a una invitación de mi tía Lucha: la inauguración de una Feria Artesanal e Industrial que realizaba el Centro Obrero. En ese entonces se estaba terminando la construcción de la última etapa del local de OSCUS de la calle Antepara. Ella, con su natural entusiasmo, procuraba los medios para hacerlo.

Desde 1960 en que se iniciaron las clases en el Centro, se ampliaron y diversificaron los cursos que ahí se impartían para

capacitar a hombres y mujeres trabajadores de la ciudad, ya no solo se enseñaba a leer y escribir, inglés, música, y cultura general, en el Centro de Hombres se añadió electrónica, mecánica automotriz, refrigeración y aire acondicionado, perfilera en aluminio y vidrio, etc.; en el Centro de Mujeres se les enseñó además cosmetología, corte y confección, primeros auxilios, etc. Desde hace dos décadas también se dan cursos de computación y capacitación en la organización y manejo de pequeñas y medianas empresas. La consigna del Centro Obrero ha sido preparar a los obreros, hombres y mujeres, para que sean más productivos y puedan mejorar la calidad de vida de sus familias, y al mismo tiempo, inculcarles enseñanzas cristianas para que sean mejores personas.

Desde su regreso a Guayaquil María Luisa también se empeñó en la construcción de una casa propia para la comunidad religiosa a la que pertenecía. Por casi treinta años desde su llegada a la ciudad en 1933, las Damas Protectoras del Obrero habían residido en una antigua casona de madera, que pertenecía a la Sociedad de Beneficencia de Señoras, ubicada en la calle Víctor Manuel Rendón. Alrededor de 1960 se terminó de construir “Villa Dolores”, en la calle Rosa Borja de Ycaza en el borde del Barrio del Centenario, al sur de la ciudad. La casa tiene una hermosa capilla y se convirtió en un núcleo importante de la actividad catequista de OSCUS en Ecuador. Las religiosas tenían también una casa de retiro en Ballenita en la península de Santa Elena, en donde pasaban unas semanas de meditación y descanso durante las intensas estaciones lluviosas que asolaban a Guayaquil y la costa húmeda ecuatoriana. María Luisa era una excelente volante y conducía el vehículo de la comunidad, jeep o furgoneta, para la movilización de las catequistas tanto dentro de la ciudad o para viajar a Ballenita y a la casa de la Obra Sopeña en Manta.

Proyecto de viviendas para obreros de OSCUS

Juan José Sánchez, uno de los alumnos obreros que asistía a las clases dominicales, cuenta que en 1964, en uno de los momentos que utilizaban para reflexionar, un día que le tocaba dar la charla a la “Señorita María Luisa”, haciendo énfasis en el aprendizaje de los diferentes cursos, ella preguntó a los asistentes que era lo que ellos querían, y todos contestaron al unísono: “Vivienda”. Ese hecho marcó el futuro de la vida de María Luisa. Se obsesionó con la idea de realizar este proyecto de vivienda para los obreros del Centro, en varias ocasiones le oí justificar este aparentemente descabellado propósito con el relato del pedido hecho por sus amigos al ella inquirirles sobre lo que más necesitaban, y la convicción de que esa complicada obra tenía el apoyo de Dios y era la misión que el Señor le daba.

En aquella época, el gobierno de la dictadura militar que gobernó el país entre 1963 y 1966 había expropiado las tierras al sur de Guayaquil en la vía al Puerto Nuevo, hoy avenida 25 de Julio, y María Luisa había pensado que en unas cuantas cuadradas de esas húmedas praderas podría realizar el proyecto que sus alumnos obreros soñaban: tener vivienda propia. Ella aprovechó, en julio de 1967, la ocasión del matrimonio de mi hermana Lolita Rosales Valenzuela con Antonio Plaza Arosemena, sobrino del Presidente Otto Arosemena Gómez, para hablar con el Mandatario. Aunque María Luisa generalmente solo asistía a las ceremonias religiosas de los eventos importantes de la familia, en esta ocasión se presentó con su habitual y discreto atuendo en la recepción que se realizaba en el Club de la Unión; tan pronto tuvo la oportunidad, se acercó al Presidente Arosemena, le explicó la petición de los

obreros del Centro de OSCUS, de la cooperativa que había ideado formar para financiar un proyecto de vivienda popular, y le hizo el pedido de un terreno en el sur de la ciudad para construir el barrio obrero. Fui testigo cercano de la conversación, mi padre que era el Gobernador de la Provincia estaba con ellos, María Luisa le explicó su proyecto expresivamente y el Presidente Arosemena asentía con cordialidad. Ella solía contar que cuando Otto le preguntó que cuántos metros de terreno necesitaba para el proyecto ella le pidió cincuenta mil, a lo que el Presidente generosamente le ofreció ochenta mil metros cuadrados.

El pedido del terreno hecho por la religiosa guayaquileña fue aceptado por el Presidente, pero para que se concrete la generosa oferta para la obra proyectada por OSCUS, ella debió hacer gala de su persistencia y decisión. Viajó a Quito en numerosas ocasiones y esperó pacientemente en los despachos del Palacio de Carondelet y varias oficinas públicas siguiendo con celo los trámites que le indicaban. Recuerdo que en alguna ocasión mi madre le preguntó a María Luisa —¿cómo logró su objetivo?—, ella nos dijo que cuando después de estar mucho rato en la antesala del despacho de ministros y funcionarios, la asistente le decía que mejor regrese otro día porque tendría que esperar mucho tiempo más, o quizá no la podrían atender, ella contestaba que no tenía ningún problema en quedarse y que —“los tiempos de espera son tiempos de Dios”—. Con mucha persistencia y paciencia de María Luisa, y el apoyo del Secretario del Presidente Arosemena, Nicolás Febres Cordero, se hizo finalmente la transferencia del terreno, más de un año después del ofrecimiento presidencial.

Ahí comenzó la titánica obra, digo esto porque los amigos y familiares de María Luisa Valenzuela estábamos preocupados de lo complejo del proyecto en el que se estaba metiendo, los terrenos donados eran prácticamente un pantano, ¿cómo imaginar que con

los ahorros de los trabajadores y su trabajo directo en la obra se podría urbanizar el lote, construir calles, alcantarillado y cientos de viviendas de dos plantas de cemento armado? Tendría ella que organizar una cooperativa de crédito para manejar los ahorros. Tremenda labor empresarial para una religiosa de cerca de sesenta años. Pero María Luisa con su empeño, y la ayuda de Dios, fue cumpliendo metas hasta lograr el objetivo que se había trazado: proveer viviendas dignas a los alumnos trabajadores del Centro Obrero, hombres y mujeres con sus familias. Ella acudía, sin vergüenza alguna, a visitar a cuantos le podrían ayudar, algunos de ellos habían sido amigos en la juventud. Don Gunter Liskén, cónsul de Alemania en Guayaquil, le ayudó a contactar al Arzobispado de Munich para solicitar un préstamo con el cual podría rellenar el terreno, realizar el trazado y la planificación detallada de la ciudadela y planos de las viviendas. El primer arzobispo de Guayaquil, Monseñor Cesar Antonio Mosquera, amigo de los obispos alemanes, debió haber influenciado para que se concrete esa importante ayuda necesaria para que María Luisa inicie el ambicioso proyecto.



Figura 5. Maria Luisa planificando la obra con maqueta de las casas

María Luisa Valenzuela tenía experiencia en ejecutar obras de construcción, ella la adquirió durante los diez años que administró los bienes raíces familiares, y en los que, como directora de OSCUS en Guayaquil, había conducido las edificaciones del Centro Obrero y la Villa Dolores en esta ciudad, pero poco sabía de organizar una cooperativa de crédito para financiar la construcción de cientos de viviendas, con todas las complicaciones que eso implica. No fue eso barrera alguna para ir adelante con ese emprendimiento. Desde antes que comenzara el relleno del terreno de OSCUS, María Luisa invitó a todos los que querían participar en el plan y depositar sus ahorros en la pre-cooperativa de vivienda, pasaron meses de trámite tanto en Guayaquil como en Quito hasta que el 31 de enero de 1974 se aprobaron los estatutos de la Cooperativa de Vivienda “Nuestro Hogar” con el acuerdo presidencial No. 2182. Constan en el documento oficial la existencia de treinta socios fundadores, los que en la primera sesión formal luego de la aprobación de los estatutos, nombraron a María Luisa Valenzuela como Gerente de la cooperativa, ratificando las gestiones que ella estaba realizando en el principal cargo de la administración desde meses antes.

Los planos de la lotización y de las viviendas, así como las cotas de bordillos, áreas de parques y otros pormenores necesarios, una vez aprobados por el Municipio de Guayaquil, fueron inscritos en el Registro de la Propiedad el 1 de noviembre de 1974. Entonces comenzó la construcción del primer bloque de viviendas, según Leticia Poveda, quien trabajó algunos años como secretaria voluntaria de la Cooperativa y obtuvo una vivienda en la ciudadela, en octubre de 1975 se realizó la entrega y bendición de las primeras viviendas, sin embargo no pudieron habitarse sino meses después cuando se terminó de construir un ducto cajón que conectara el alcantarillado de la ciudadela con el de la ciudad en la avenida 25 de Julio. La Cooperativa tuvo también la responsabilidad

de hacer aceras, bordillos, tendido de cables eléctricos, líneas telefónicas y pavimentar las calles, además de construir parques y áreas verdes.

Las primeras casas fueron habitadas en 1976, estas como las viviendas que se terminaron y entregaron posteriormente, tenían 110 metros de construcción en dos pisos: tres dormitorios, sala comedor, baño, cocina y patio interior; costaron ochenta mil sucres las que no tenían balcón y ochenta y cinco las que si lo tenían. El valor del cambio monetario entonces era de 25 sucres



Figura 6. Bloques 4 y 5 de villas de Ciudadela Sopeña, entregadas en enero de 1980

por cada dólar, o sea que las primeras casas costaron entre \$ 3 200 y \$ 3 400 dólares. Eran mucho más económicas que las que entonces construía el Banco de la Vivienda, cuyas casas de una planta costaban \$ 120 000 sucres, y las equivalentes a las de la Ciudadela Sopeña, de dos plantas entre \$ 140 000 y \$ 160 000 sucres, cerca del doble del valor de las casas construidas por la Cooperativa “Nuestro Hogar”. Ciertamente la extensa labor de voluntarios, junto con la búsqueda de materiales de construcción a mejores precios, el control de gastos, y el pulcro manejo del dinero depositado por los socios que realizaba la gerente María

Luisa Valenzuela, contribuyeron al bajo costo de las viviendas de interés social realizadas por la cooperativa organizada por la Obra Social y Cultural Sopeña. Como por ley el gerente de la cooperativa debía tener un sueldo, ella donaba el que se le asignó para disminuir los costos. Juan Proaño, quien la conoció cuando estudiaba electricidad y él trabajaba en la construcción de la segunda etapa de la Ciudadela, comenta: “ahí llegaba María Luisa manejando su furgoneta color celeste con todo su cabello blanco despeinado, pero siempre dispuesta a trabajar y saber cómo iba la construcción de las villas, que faltaba, si les habían pagado a los trabajadores, siempre estaba en todo, nunca se descuidaba de nada, no le importaba si hacía sol, si hacía frío, si llovía, para ella nada era impedimento y seguía viendo avanzar su obra, su gran sueño era tener a todos sus hijos, como a veces nos llamaba, juntos en familia”.



Figura 7. Maria Luisa con vecinos en la inauguración de una de las etapas de la ciudadela sopeña

Leticia Poveda recuerda la importante labor realizada por el Ing. Gustavo Menoscal, quien fuera el principal profesional responsable de la obra, y que colaborando con esta, redujo sus honorarios considerablemente. El precio de las viviendas, considerando su valor en dólares, no se incrementó en las etapas posteriores de la construcción, unos moradores recuerdan los precios: a Sonia Jaramillo su casa en 1980 le costó \$ 220 000 sucres (\$ 3 142 dólares a 70 sucres por dólar); en la cuarta y última etapa, entregada en 1991, las casas costaron \$ 5 000 000 de sucres, lo que al cambio de 1 800 sucres por dólar de esa época, equivale a \$ 2 777,77 dólares por cada casa.

¡Viviendas de calidad a precios módicos!. Eso es lo que logró realizar la Cooperativa “Nuestro Hogar” durante los 17 años que duró la obra entre 1975 y 1991. La Srta. Poveda explica porque sólo se construían alrededor de cuarenta casas por año: “La construcción fue lenta porque no había financiamiento. Lo que cada socio ahorra, a veces con pequeños montos semanales, se utilizaba para construir, y se recuperaba el dinero con el pago de las viviendas entregadas. Más adelante hubo financiamiento individual por medio de préstamos hipotecarios de mutualistas de vivienda y el IESS”.



Figura 8. Monseñor Bernandino Echeverría Arzobispo de Guayaquil, María Luisa, el Nuncio Apostólico y vecinas de la Ciudadela en la inauguración de una de las etapas

La entrega del ultimo bloque, de los treinta y dos que se construyeron en la la ciudadela Sopeña, tuvo lugar el domingo 10 de noviembre de 1991 en una sencilla ceremonia que incluyó una Misa de Acción de Gracias en la Iglesia “María de Nazareth” oficiada por Monseñor Bernardino Echeverría Ruiz, el recordado arzobispo de Guayaquil, quien acompañó a María Luisa en la bendición de todas las etapas del proyecto. La obra de la ciudadela constó no solo de las 576 viviendas, se construyó también la sencilla pero hermosa Iglesia mencionada, y el Centro Obrero Sur de la Fundación Sopeña en Guayaquil, además de los parques y áreas verdes que cumplieron las exigencias municipales.



**Figura 9. Exterior e interior de
Iglesia de Santa María de Nazareth en la Sopeña**

A María Luisa nunca le faltó fé sobre el éxito del proyecto de vivienda, cuenta Enrique Laaz, vocal de la cooperativa y amigo de Lucha, que un viernes de 1989 había rumores de la paralización de la obra por parte de los trabajadores, ella estaba preocupada debido a la falta de dinero por lo que acudió a la capilla de la “Villa Dolores” a orar, entonces escuchó una voz que le dijo: —“¿De que te preocupas? ¿Acaso la ciudadela no es mía?—”, según Enrique ella les contó que se sintió reconfortada, y sucedió que el domingo siguiente recaudaron suficiente dinero de los que cancelaban sus

cuotas, y que este alcanzó para pagar a los trabajadores, comprar más material, e incluso, para depositar en el banco.

El 1 de septiembre de 1997, una vez entregada todas las viviendas y legalizada la posesión de las mismas, María Leonor Amador como Presidenta de la Junta Directiva Nacional de OSCUS, Gabriel Montiel, Presidente de la Cooperativa, y María Luisa Valenzuela, Gerente, iniciaron los trámites necesarios para la disolución de la cooperativa “Nuestro Hogar”.^v Estaba terminada la obra y los antiguos socios disfrutaban de sus viviendas con sus familias.



Figura 10. Fotografías de la Ciudadela Sopeña en 2017, unas casas son las originales y otras han sido mejoradas y agrandadas

Hoy, luego de más de veinte cinco años de terminada la construcción de la ciudadela vemos como la obra impulsada por María Luisa Valenzuela está magníficamente rodeada de centros comerciales, áreas deportivas, hospitales y parques. Algunos habitantes son descendientes de los socios originales de la cooperativa “Nuestro Hogar”, muchos han aumentado y mejorado las construcciones originales más allá de lo que María Luisa hubiera imaginado. Algunas tienen pisos, baños y cocinas lujosas, otras incluso tienen una planta adicional. Hace unos días, en diciembre de 2016, conversando con algunos vecinos me relataron que los hijos de dueños originales ya fallecidos, y otros residentes que por algún motivo han debido vender sus casas, obtuvieron por ellas entre sesenta y ochenta mil dólares. Esto es más de veinte veces el valor original de las mismas, claro que semejante plusvalía se debe no solo a la calidad y bajo costo de las viviendas construidas por la cooperativa “Nuestro Hogar”, sino también al inusitado desarrollo de ese sector de la ciudad y al esfuerzo que cada uno de los residentes ha realizado en estos años para mejorar y acrecentar sus viviendas. ¡Enhorabuena por todos ellos!

La tía Lucha en el entorno familiar

Recuerdo haber visitado a la tía Lucha, así la llamábamos familiarmente, y quizá es el primer encuentro que tuve con ella, a comienzos de 1957, cuando pasaba con mi familia las vacaciones de verano en Quito y ella residía y trabajaba en la Casa de la Obra Sopeña de la capital. Desde que ella regresó a vivir en su ciudad natal, estaba presente en los eventos religiosos de la familia, muchos de sus sobrinos hicimos la primera comunión en la capilla de OSCUS, y aunque no siempre nos acompañaba en la fiesta

posterior, nos daba sus cariñosas recomendaciones para un buen comportamiento y servicio a los demás, y nos regalaba un rosario o una imagen religiosa. Siempre tuvo buenos consejos y una palabra de aliento cuando alguno de sus veinte y seis sobrinos lo requeríamos. Era muy cariñosa con los niños y tuvo la oportunidad de serlo con algunos de sus numerosos sobrinos nietos, como Rafael Chiriboga Accini en la fotografía de la figura 11., especialmente mientras mi abuela María Luisa vivía, a quien la tía Lucha visitaba en la casa materna, que era muy concurrida de parientes y amigos.



Figura 11. María Luisa con su sobrino nieto Rafael Chiriboga Accini.

Durante algunos lustros asistimos a la Misa de Gallo que se realizaba en Navidad en la capilla de “Villa Dolores” a las doce de la noche, y el día siguiente nos acompañaba en la casa de su madre, la abuela que llamábamos Mamita, al menos unos momentos, durante el almuerzo familiar.

Aunque la tía Lucha se dedicaba de lleno a su labor de catequista con los obreros, más aún durante los quince años en que duro la construcción de la ciudadela Sopeña, ella pedía



Figura 12. Maruja, Maria Luisa, su madre Maria Luisa, su sobrina Susy Baquerizo y sus hermanas Isabel y Guadalupe en 1965

permiso en la Comunidad y daba parte de su tiempo para acompañarnos en momentos claves de la vida de sus familiares cercanos. Si ella podía, y la comunidad se lo permitía, asistía a celebraciones familiares especiales, sobre todo aquellas de carácter religioso. Asimismo estaba presente, generalmente acompañada de una de sus hermanas catequistas, en los duelos de algún familiar dando un consuelo cristiano con sabias y cariñosas palabras. La tía Lucha nunca dejo de preocuparse de la vida espiritual de todos los miembros de las familias Valenzuela y Barriga, a quienes siempre tenía en cuenta en sus oraciones.

En la fotografía de la figura 13 vemos a las cinco hermanas Valenzuela Barriga en un encuentro familiar en julio de 1994, realizado durante el último viaje que hiciera la hermana Angela, que vivia en Houston, Texas, a Guayaquil, y que siendo la menor de ellas fue la primera en fallecer, tres meses después de esta reunión en octubre del mismo año, de un agresivo cancer del páncreas.



Figura 13. Las cinco hermanas Valenzuela Barriga: Maruja, Maria Luisa, Isabel, Guadalupe y Angela. Foto tomada en 1994 en la ultima visita de Angela a Guayaquil

Como en toda familia, existen parientes que son más cercanos entre sí que otros. Yo valoro el haber tenido comunicación con cierta frecuencia con la tía Lucha, aunque a veces haya sido solo telefónicamente. Me llamaba a invitar a alguna de las ferias que organizaban en OSCUS de trabajos del Centro Obrero, o a la inauguración de obras del Instituto, yo asistía cuando podía porque admiraba el entusiasmo que ella tenía por servir al prójimo. Asimismo en ocasiones acompañaba a mi mamá o asistía con mi familia a misas que por motivos especiales se celebraban en la capilla de Villa Dolores, y cuando ella estaba muy mayor y ya no salía, iba a visitarla en la Casa de la Comunidad al menos en su cumpleaños o las fiestas de fin de año. Otros hermanos y primos también mantuvieron cercanía con la querida tía, pero ella se acordaba y preocupaba por todos.

Los noventa años de María Luisa

En diciembre del 1997, el año en que María Luisa cumplió ochenta y cinco años, recibió el reconocimiento de la Asociación Coordinadora del Voluntariado (ACORVOL), que le otorgó un botón de oro como Voluntaria del año, entregado por su Presidenta Alba Viteri de Salame. Por ese motivo, a pesar de su modestia, aceptó ser entrevistada por medios de comunicación: el diario “El Universo” tituló “Vivir para servir” un reportaje que le hizo el viernes 8 de ese mes y año, en este, ella con cristiana sabiduría, dice que en todo ser humano hay un voluntario, –“a esos jóvenes que tienen voluntad de servicio les digo que no se queden con las ganas, que busquen su afinidad y se involucren”–, asegurando que nada tiene que ver la condición económica de las personas cuando se quiere ser voluntario.^{vi}



Figura 14. María Luisa Valenzuela a los ochenta y cinco años

En esos años, luego de entregadas todas las viviendas y disuelta la cooperativa que se había formando para ejecutarlas, la tía Lucha comenzó a tener quebrantos en su salud. Debido a una afectación cardiaca, muy a su pesar, se vio obligada a bajar la intensa actividad a la que estaba acostumbrada. Hacía labores sencillas dentro de “Villa Dolores”, la casa de la Comunidad, contando siempre con la atención, compañía y cariño de sus hermanas del Instituto Catequista. Pero además María Luisa tenía un grupo de amigos de la Ciudadela Sopeña, entre los que estaban Juan Proaño, Enrique Laaz, la Dra Lilia Chávez, José Zuñiga, Bella de Benitez, Máximo Montiel, Mercedes de Mejillones y Rosita Gavilanez, que la visitaban con frecuencia. Con ellos se veía los domingos en la ciudadela adonde ella solía ir en su furgoneta, según Lilia Chávez cuando ella dejó de conducir, Enrique Laaz la recogía para llevarla a la misa de las 8 horas en la iglesia Maria de Nazareth. Dice Lilia: –“Luego nos reuníamos a conversar, alguien brindaba un desayuno, escuchábamos a las personas que la iban a saludar, o a participarle alguna noticia agradable o desagradable, también cantábamos acompañados por los acordes de guitarras, por cierto, su canción favorita era el pasillo Sombras que también lo cantaba. ¡Cómo le gustaba la poesía! Siempre nos declamaba algunas y en varios idiomas, la que más recuerdo es EL PADRE NUESTRO. Los domingos terminaban con un pequeño paseo a servirnos helados con pan de yuca, ella decía este secuestro sí me gusta y la dejábamos en Villa Dolores”–.



Figura 15. María Luisa brindando con sus amigos: Sonia de Jaramillo, Josefina Balseca, Marta de Zumárraga, Gabriel Montiel, ella en el centro, José Torres, José Toledo y Ángel Iturralde

Lilia recuerda que en la furgoneta de Enrique, que llamaban “tronco móvil”, hacían viajes dentro y fuera de Guayaquil, y que cuando ocurría un hecho doloroso como un incendio, acudían a brindar solidaridad con ayuda a los damnificados. Por cierto, ella se preocupaba por el bienestar espiritual de sus amigos de la “Sopeña”, a quienes consideraba como su familia. En los últimos dos o tres años cuando por motivos de salud ella ya no acudía a la ciudadela, ellos la visitaban cada domingo en la “Villa Dolores”.^{vii}

En el 2002, año en que María Luisa cumplió noventa años, los moradores de la ciudadela le quisieron hacer un gran festejo, e incluso pidieron al Municipio de Guayaquil que se le ponga su nombre al parque que se encuentra a un costado de la iglesia, ella rechazó las dos cosas, su modestia le impedía aceptarlas. Para no contrariar a sus amigos de la Sopeña, aceptó que se celebre una misa el día en que ella cumplía, ese mismo año, sesenta años de su ingreso al Instituto Catequista Sopeña, y que se le ponga al parque el nombre de su madre, María Luisa Barriga de Valenzuela. La misa, que fue celebrada por el padre Roberto Toro, párroco de la parroquia Santa María de Nazareth, fue muy emotiva. Sus amigos, moradores de la Ciudadela, entonaron una conocida canción con un especial poema que le habían preparado.

María Luisa

Cuando tu quieras tener amigos
recuerda siempre que en Sopeña
existe alguien con quien tu cuentas
María Luisa Valenzuela
mujer noble y emprendedora
que nos alienta a vivir.

Yo quiero tener a María Luisa
para poder cantar y soñar. (bis)

María Luisa Valenzuela
un deseo hizo realidad
y es por eso que en Sopeña
tenemos casa y tranquilidad,
vivimos alegres en nuestro mundo
cantando a Dios nuestra felicidad.

Yo quiero tener a María Luisa
Para poder cantar y soñar. (bis)

Ella se emocionó mucho con las cariñosas palabras del padre Toro,
y más aún cuando luego de la ceremonia religiosa, los moradores
de la Sopeña develizaron una placa de mármol que habían colocado
en la entrada de la iglesia que tiene el siguiente texto:

GRATITUD ETERNA A

María Luisa Valenzuela Barriga

En sus 60 años de vida consagrada a
Dios y al prójimo; gestora espiritual y
material de *La Ciudadela Sopeña*.
Moradores de la Ciudadela

Guayaquil, junio 5 del 2002

Ella dijo: –“¿Cómo me hacen esto?”–: se puso las manos en la cara, ruborizada, y luego aceptó, ya sin palabras, el sencillo pero sentido homenaje de sus amigos de la ciudadela.



Figura 16. María Luisa Valenzuela junto a sus sobrinos Marilupe Chiriboga, Benjamín y Alfredo Rosales, y el padre Roberto Toro.

Dos años después María Luisa no pudo salir más de la “Villa Dolores”, estaba ya muy mayor, ahí ella tenía a sus hermanas de la Comunidad Sopeña que la atendían con cariño, y la capilla para rezar al Creador, a quien ella dedicó su vida. María Luisa Valenzuela Barriga murió el 10 de agosto de 2007 y fue enterrada al día siguiente en el Cementerio General de Guayaquil, en un cuerpo de bovedas de la Comunidad Sopeña en la puerta 13.

Sus amigos de la Ciudadela Sopeña la recuerdan con cariño y agradecimiento, por eso han conseguido los medios para levantar este monumento, y gestionado en el Municipio de Guayaquil para que se instale en esta calle regenerada, en medio de la obra que ella ayudo a construir con su iniciativa y afanoso trabajo. Es posible que esta demostración de afecto le hubiera molestado, ella decía que había hecho lo que Dios le había pedido, y que su entrega no tenía merito pues era su deber: –“Vivir para Servir”–.

Es indudable que María Luisa Valenzuela no hubiera podido hacer la obra que hizo en bien de las familias trabajadoras de bajos recursos si no tenía el apoyo incondicional de la organización iniciada por Dolores Sopeña, que en Guayaquil ha tenido la colaboración de numerosas voluntarias desde que las catequistas llegaron a la ciudad en 1932. A pesar de que no es posible mencionar a todas aquellas voluntarias que ayudaron a María Luisa y a la Comunidad Sopeña en la realización de esta obra, nombro a unas pocas que representan el espíritu de servicio de las damas Guayaquileñas: María Eugenia Lasso de Carrera, María Rosa Crespo de Baquerizo, María Mercedes Lasso de Aspiazú, Teresa Amador de Guzmán, Lourdes Alcivar de Lasso y María Mercedes Amador. Todas las directivas de las damas voluntarias de OSCUS han sido un soporte fundamental en las obras emprendidas por las catequistas.

A fines del 2016 la organización religiosa hizo el lanzamiento de la nueva imagen institucional: Fundación Dolores Sopeña. Renuevan su vocación de servicio y amplían sus propósitos de acuerdo a las necesidades de la sociedad del siglo XXI. Ahora el analfabetismo es prácticamente inexistente, la clase trabajadora es mucho más preparada que hace cincuenta o treinta años, no solo en Guayaquil sino también en todas las ciudades en las que trabaja la Fundación. Son distintas las carestías de los obreros, los jóvenes son mucho más preparados y ellos utilizan técnicas modernas de comunicación. Por eso, con gran visión las catequistas se han reunido en su casa matriz Madrid para actualizar sus objetivos y darle a la gente la oportunidad de superarse, material y espiritualmente bajo las actuales realidades. Estoy seguro que la acción de las catequistas de Dolores Sopeña y las damas voluntarias que las apoyan seguirá siendo exitosa.



**Figura 17. Maria Luisa con sus hermanas de la Comunidad Sopeña:
Maria Leonor Amador, Martha Jimenez, Ramonita Larrañaga,
Patricia Algara, María Francisca Larios, Noemi Gutierrez y
Eloisa Barcia en la Villa Dolores en marzo 1986**

Esperamos que esta pequeña historia de María Luisa Valenzuela Barriga y su afán de “Vivir para Servir”, sea inspiración para nuevas vocaciones que sigan este y otros propósitos que busquen desinteresadamente el bienestar de la familia ecuatoriana.

Benjamín Rosales Valenzuela

PARAGUAY N° 099.

RECEIVED

SECRETARIA DEL SUACON

GOBERNACION DE LA REPUBLICA DEL GUAYAS

N°K 4579

Comando en Jefe PASAPORTE a las autoridades

MARIA VALENZUELA Y LUISA VALENZUELA, de nacionalidad paraguaya, de edades y tres años de edad, de estado solteras, de profesión quehaceres de su casa, quienes se dirigen a A. U. D. P. A., por asuntos personales.

Por tanto, ordeno a las autoridades de mi dependencia y a las que de lo enán, ruego y exhorto no le pongan inconveniente en su marcha.

Hecho en la sala de mi despacho, sellado y refrendado por mi secretario, en Asunción, a 25 de Mayo de 1926.

AL SEÑORADO.

El Secretario.

10 fr.

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

74

75

76

77

78

79

80

81

82

83

84

85

86

87

88

89

90

91

92

93

94

95

96

97

98

99

100

101

102

103

104

105

106

107

108

109

110

111

112

113

114

115

116

117

118

119

120

121

122

123

124

125

126

127

128

129

130

131

132

133

134

135

136

137

138

139

140

141

142

143

144

145

146

147

148

149

150

151

152

153

154

155

156

157

158

159

160

161

162

163

164

165

166

167

168

169

170

171

172

173

174

175

176

177

178

179

180

181

182

183

184

185

186

187

188

189

190

191

192

193

194

195

196

197

198

199

200

201

202

203

204

205

206

207

208

209

210

211

212

213

214

215

216

217

218

219

220

221

222

223

224

225

226

227

228

229

230

231

232

233

234

235

236

237

238

239

240

241

242

243

244

245

246

247

248

249

250

251

252

253

254

255

256

257

258

259

260

261

262

263

264

265

266

267

268

269

270

271

272

273

274

275

276

277

278

279

280

281

282

283

284

285

286

287

288

289

290

291

292

293

294

295

296

297

298

299

300

301

302

303

304

305

306

307

308

309

310

311

312

313

314

315

316

317

318

319

320

321

322

323

324

325

326

327

328

329

330

331

332

333

334

335

336

337

338

339

340

341

342

343

344

345

346

347

348

349

350

351

352

353

354

355

356

357

358

359

360

361

362

363

364

365

366

367

368

369

370

371

372

373

374

375

376

377

378

379

380

381

382

383

384

385

386

387

388

389

390

391

392

393

394

395

396

397

398

399

400

401

402

403

404

405

406

407

408

409

410

411

412

413

414

415

416

417

418

419

420

421

422

423

424

425

426

427

428

429

430

431

432

433

434

435

436

437

438

439

440

441

442

443

444

445

446

447

448

449

450

451

452

453

454

455

456

457

458

459

460

461

462

463

464

465

466

467

468

469

470

471

472

473

474

475

476

477

478

479

480

481

482

483

484

485

486

487

488

489

490

491

492

493

494

495

496

497

498

499

500

50

"ANEXO 2: Compromiso para la fundación de Oscus en Guayaquil.

COMPROMISO PARA LA FUNDACIÓN DE OSCUS EN GUAYAQUIL

**EL OBISPO DE GUAYAQUIL Y LA DIRECTORA DEL
INSTITUTO DE DAMAS CATEQUISTAS,**
ardiendo en deseos de promover en la mayor escala y en cuanto de ellos dependa la gloria divina y el provecho de las personas, han resuelto fundar en la ciudad de Guayaquil una casa de Damas Catequistas, la que ponen bajo el especial amparo y protección de la Santísima Virgen María y de Santa Teresita del Niño Divino.

En consecuencia, se compromete la Directora General en nombre del Instituto: a enviar, a la brevedad posible, a dicha ciudad, seis Damas Catequistas y dedicarlas allí a los ministerios que, por el fin del Instituto, se dedican.

Por su parte el Obispo se obliga en nombre del Obispado: a no encomendar ministerio alguno a las Damas Catequistas, que esté en pugna con el fin de su Instituto.

A proveer a las religiosas de los auxilios espirituales necesarios a la conservación, desarrollo y fomento de su espíritu religioso.

A suministrarles habitación, alimento vestido y cuanto necesitaren para la conservación de la vida y desempeño de sus ministerios.

Para constancia firman el presente convenio.

Guayaquil, 3 de Octubre de 1.931.

Patrocinio Torrecilla
Directora General del Instituto
De Damas Catequistas

F.- Carlos María
Obispo de Guayaquil

III ANEXO 3: El Instituto Catequista Dolores Sopeña en Guayaquil.

EL INSTITUTO CATEQUISTA DOLORES SOPENA

EN GUAYAQUIL*

La llegada a Puná y la situación del Ecuador

El 25 de Abril de 1932 arribaron a la isla de Puná las 7 Catequistas que venían a fundar en Guayaquil, la Obra de Dolores R. Sopeña. Ellas eran: Valentina Torres-Quevedo, Josefina Cucala, María Buchón, Isidra Cervera, Lourdes Terrero, Tomasa Muñoz y Margarita Gorrino.

Llegaban en una época en que en el Ecuador había una persecución religiosa. El Estado tenía la Ley de Cultos, que prohibía terminantemente la entrada al país de Sacerdotes y Religiosos, de tal modo que cuando se descubría algún caso, era inmediatamente expulsado y devuelto a su país de origen.

A Puná las fue a recibir la Sra. Isabel María Yerovi de Matheus, una señora muy buena, muy cristiana y el Sr. Obispo de entonces, Mons. Carlos María de la Torre le pidió que fuera a recibir las. Ella se arriesgó y fue a Puná para traerlas a Guayaquil. Desde luego, les retuvieron los pasaportes y los 26 baules que traían...Se ve que desde aquí no les advirtieron las precauciones que debían tener para que no les hicieran problema.

Si hubieran venido 2 o 3, tal vez no hubieran llamado tanto la atención, pero como vinieron 7 juntas, con su vestimenta especial si se comparaba con la de la gente de aquí, lógicamente que levantó sospechas muy serias y

tuvieron que sufrir mucho hasta conseguir que las dejaran en paz.

La situación política, social, económica del país era muy mala, el país no había podido entrar en una época de desarrollo, pues su principal producto de exportación era el cacao y unos pocos años antes, se tuvo una peste en el cacao que llamaban "la escoba de la bruja", que dismanteló toda la economía del país. Las personas que tenían haciendas de cacao, que eran ricas, quedaron en muy mala situación. Estaba entonces el Ecuador como estancado con una gran pobreza y con respecto a la religión, en verdadera persecución. No se podía tener ningún culto externo, sólo se permitía dentro de las Iglesias.

En la persecución la fe es muy creativa

Sin embargo, la fe en el Ecuador se mantuvo seguramente por el trabajo apostólico de la Iglesia que, con la gracia de Dios fue manteniéndose en el pueblo. Además que la persecución dio una especial fortaleza a un grupo de Señoras de la Acción Católica, que con la anuencia del Sr. Obispo, organizaban la fiesta de Cristo Rey, tenían una Misa campal, en el Jockey Club y hacían propaganda para que en todos los balcones de la ciudad pusieran la imagen de Cristo Rey, pero tenían que ponerla un metro dentro del balcón, con muchas luces y flores, de modo que se viera de fuera, pero como era dentro de las casas no le podían prohibir.

Estas eran las condiciones de Guayaquil cuando llegaron las nuestras y por eso tuvieron tantas dificultades, no pudiendo empezar a trabajar en ese año 1.932, sino que tuvieron que esperar que pasara el tiempo y al año siguiente, ya se habían olvidado del asunto de las "7 monjas" y pudieron iniciarse con el Centro de Hombres.

Las "siete monjas" son noticia

La persecución que ellas tuvieron fue terrible, pues los periódicos tomaron parte y publicaban todo lo que estaba ocurriendo en el proceso con la Policía y la Inmigración.

Realmente la prensa tomó con saña el caso de las "7 monjas", pues aunque ellas decían que no eran, todos aseguraban que pertenecían a una Orden monástica de España. Se publicaba casi a diario en los periódicos, las sospechas y la necesidad de que el Gobierno hiciera respetar la Ley de Cultos y por tanto, debían ser reembarcadas para España.

Se establecen ...

Así pasaron el primer año de su estancia en Guayaquil, con esa incertidumbre, con muchas privaciones, aunque las Señoras que iban conociendo les ayudaban en lo que podían, pero entre la ansiedad de saber en qué paraba esta situación, lo distinto del clima, la pobreza del departamento que tenían junto al Pensionado de las MM. Salesianas, que regentaban además junto al departamento de ellas, un Colegio de la Beneficencia de Señoras, debieron

ser muy duros los primeros tiempos de esta fundación.

El departamento que les dieron era de la Beneficencia de Señoras, una Institución católica que tiene muchas Escuelas y Colegios que los encargan a Religiosas, de modo que haya educación católica gratuita o barata para el pueblo. Y en ese departamento estuvieron hasta el año 1.961 en que se construyó la Villa Dolores en el Barrio del Centenario.

Muy buenos cimientos de sacrificio y entrega tuvo esta fundación y a los 69 años de establecida la Obra en Guayaquil, podemos decir por propia experiencia, que sus frutos se vieron al correr del tiempo, pues la Obra prendió como fuego en el cañaveral, llegando a miles de personas que conocieron a Dios y reconocen que todo se lo deben al Instituto. No sólo los obreros lo dicen, también los Colaboradores.

Cuánto tiempo tuvieron que esperar con la angustia de no saber en qué paraba esa situación, todo este tiempo tuvieron que actuar con gran prudencia por las circunstancias tan especiales que vivía el país.

Comienza la obra Apostólica

Durante el tiempo que tuvieron que esperar para abrir los Centros, aprovecharon de conocer y visitar a muchas Señoras y así ir preparando el terreno. Por fin, el 14 de Mayo de 1.933 se inaugura el Centro de Hombres en la Escuela 9 de Octubre, situado en las calles Eloy Alfaro y Calicuchima, propiedad del Ministerio de Educación. Gracias a Dios no hubo

ningún incidente desagradable, sino al contrario, un ambiente de alegría y acogida. Asisten también un grupo de Señoras que dieron las clases y se mostraron muy cordiales en todo momento. El 4 de Julio de 1934, es decir, el año siguiente, abre sus puertas el Centro de Mujeres y también reinó el mismo ambiente de acogida y alegría. Las obreras deseando con mucho entusiasmo aprender y aprovechar las clases.

Las Misiones

Las primeras Catequistas que vinieron también tuvieron ocasión de hacer Misiones en los campos. Una de las Señoras Colaboradoras tenía una hermana Carmelita Descalza y ella tenía mucho interés de que las haciendas de su familia tuvieran alguna asistencia religiosa, pues por allí no habían Iglesias ni Sacerdotes. Ella dio un pequeño capital para que pudieran tener lo necesario para los gastos que se ocasionaran. Así fue que durante muchos años se iba anualmente a esas haciendas y los frutos recogidos en ellas fueron abundantes. Gente sencilla, humilde, pobrísima, que recibía la Misión como venida del cielo y gracias a estos meses de misión fueron conociendo a Dios y entregándose a El, con la generosidad de la gente sencilla.

Aquí también "el infierno tiembla"

Pero no duró mucho la tranquilidad, el Señor tiene sus caminos y sabe a quién pide sacrificios y preocupaciones. Es así que el 12 de Octubre de 1935 las visita el Vicario de la Diócesis con la Superiora de las MM. Salesianas, para avisarles que el Intendente de Policía

tiene la orden verbal de embarcarlas para España. Qué había pasado? Que el Dr. Valenzuela había puesto una denuncia de que las nuestras habían secuestrado a 2 Señoritas de la ciudad para mandarlas al Convento de las Carmelitas Descalzas. Dichas Srts eran María Luisa Valenzuela Barriga y María Rosa Paraja Cuerrero, las dos querían entrar al Instituto.

Otra vez la inquietud, la angustia de que las iban a embarcar para España, las buscaban y en el periódico salía la situación que se había presentado. Resuelven con la Sra. Isabel María Yerovi de Matheus, llevarlas a su casa hasta que pase estos momentos y efectivamente se quita la Capilla, se lleva a las MM. Salesianas todo lo que podía comprometerlas. Había la facilidad de que interiormente, sin salir a la calle, tenían puerta de comunicación con las MM. Salesianas y se pudo hacer todo con facilidad y sin despertar sospechas. También prepararon sus equipajes, por si había que salir de prisa. Las atenciones y desvelos de la Sra. de Matheus es como para no olvidarlas nunca, decían ellas.

La Sra. de Matheus las instala muy bien, teniendo la gran ventaja de que ella tenía Capilla con el Santísimo en su casa y esto llenó de satisfacción, consuelo y paz a todas, pues podían estar junto al Señor Sacramentado. Esto aliviaba la angustia y la pena del peligro que corría la Obra, sintiendo que es una polvareda del demonio por la mucha gloria que se estaba dando a Dios.

Todas las Señoras estaban dispuestas a defenderlas. Inmediatamente fueron unas cuantas a visitar al Jefe de

Investigaciones, quien le dice que no tiene nada contra las nuestras.

Luego reciben una carta del Sr. Arzobispo diciendo que un Emisario del Encargado del Poder le ha dicho que se ha recibido un telegrama del Dr. Valenzuela diciendo que su hija está secuestrada en un Convento español. La Sra. de Valenzuela -su esposa- pone un telegrama al Sr. Arzobispo desmintiendo la noticia.

Las Señoras visitan también al Dr. Valenzuela y al Dr. Pareja, padres de las "secuestradas", pero ellos niegan que hayan hecho denuncias. Averiguado el asunto, uno de los artículos publicados en el periódico estaba firmado por el Dr. Pareja. El Director del periódico redacta otro artículo diciendo que no hay tal secuestro.

Las Señoras no cejan de seguir investigando y defendiendo a las nuestras. Resuelven dirigir una carta al Encargado del Poder, Ing. Federico Páez poniendo todo en claro. Se las cita a todas, leen el escrito y todas firman.

La Sra. de Matheus en cuya casa siguen las nuestras, está dispuesta a acompañarlas con su hija hasta Chile si es que llegase el momento de hacerlo, pues las nuestras recibieron una carta de la Provincial María Zufiría, diciendo que en caso de tener que salir del Ecuador, que fueran a Chile.

Afirma una Señora que en una reunión de Señores se había dicho que como no se les podía echar del Ecuador por ser monjas, quieren probar que hacen política en los Centros. Las Señoras

opinan que en este "asunto" está trabajando la masonería para conseguirlo.

De todas formas se pide a las Sras. Valenzuela y Pareja que no vayan al Centro, ya que son sus padres los que han levantado esta polvareda y así parece más prudente hacerlo, aunque las nuestras sienten perder tan buenas colaboradoras.

Cuatro Señoras: Susana de Santistevan, Mercy Wright de Miller, Rosa Izquierdo Borja y María Jaramillo de Arzube, van directamente al Encargado del Poder para decirle lo que está pasando. El les dice que recibió una carta del Dr. Valenzuela y de la Sra. María Guerrero de Pareja, diciéndoles que las Sras. de la Acción Católica y las nuestras, habían cogido a sus hijas para meterlas en un convento, pero que él mandó otra al Sr. Arzobispo para que él viera lo que hacía, pues no era asunto de su competencia, asegurándoles que no les iba a pasar nada.

Con esto, terminó el asunto y quedaron nuevamente en paz, volviendo a su casa todas el 28 de Octubre de 1.935, aunque algunas ya se habían vuelto antes, pero conservando la puerta de calle cerrada.

La Obra avanza

Poco a poco fue avanzando la Obra, trabajando con buenas Señoras que nunca han faltado, y que realmente tomaron cariño a la Obra. Esta fue evolucionando conforme los tiempos lo pedían, cambiando las clases más elementales que se daban por las que veían las nuestras que los obreros pedían.

Más tarde ya se tuvo que buscar Profesorado preparado en sus especialidades, en lugar de las clases con sólo la buena voluntad de las Señoritas.

Nuestra gratitud por los cimientos

Ahora que todas las que vinieron a fundar en Guayaquil, ya están gozando de Dios en el Cielo, podrán sentirse gozosas de haber pasado los sinsabores y privaciones de toda clase, al comprobar que todos sus esfuerzos y sufrimientos tan generosamente llevados, fueron para la mayor gloria de Dios y bien de tantas personas que no conocían a Dios o estaban alejadas de El y fueron sus instrumentos para que pudieran conocerlo y amarlo. Y si la Obra continua en Guayaquil las que hoy la trabajamos sabemos que todo se debe a aquellos cimientos sólidos de sufrimiento y olvido de sí de todas y cada una de las Catequistas que llenas de amor a Dios, a los hombres y a su Instituto, vinieron, dejándolo todo, a aquel Guayaquil de los años 30.

La zaga continua

Fueron pasando los años, la Obra continuaba haciendo un gran bien entre nuestros destinatarios y Colaboradores, tratando siempre que se conociera a Dolores R. Sopena y su carisma, de tal modo que siempre se la recuerda y desde hace ya bastantes años, se celebra en los Centros la "Semana Sopenista" donde con cariño inmenso y con gran ilusión se hacen fiestas y conmemoraciones muy bonitas, dándola a conocer a todos.

La primera casa propia

Una de las cosas que más nos hicieron sufrir es que teníamos que ir mendigando lugares donde tener los Centros. Habíamos ya recorrido cantidad de escuelas y colegios tanto fiscales como municipales y particulares y llegó un momento (año 1.957) en que ya no sabíamos dónde acudir cuando nos negaron el poder seguir en una escuela de la Beneficencia de Señoritas.

Como se ha dicho más arriba, el sacrificio y la entrega de nuestras HH., tanto las Fundadoras de esta casa como las que les siguieron, fue muy grande y a pesar de la pobreza en que vivían, fueron tratando de ahorrar centavo a centavo y llegaron a contar con un capital, que aunque no cubría una construcción, sí podía comenzarse a hacerla.

Instadas por las circunstancias y con la ayuda de Dios, teníamos ya un solar de una manzana pequeña pero completa, que había comprado hacía un tiempo, Julia Marambio siendo Superiora de Guayaquil.

Como se nos presentó la situación de que o se cerraba la Obra o construíamos algo donde poder tener los Centros, se buscaron los medios necesarios, ya que las nuestras tenían un ahorro de más de S/. 400.000 (sucres, moneda estable, que por 5 sucres se compraba un dólar) destinados a la construcción del Centro y otros S/. 300.000 y pico (sucres) para construir la casa para nosotras.

El Ing. Francisco Amador Ycaza fue el que se prestó para hacerlo poco a poco, pues no había dinero suficiente para la construcción completa según los

planos que ya se tenían. Y fue así que en Octubre de 1957 se empezó la construcción del Centro de Antepara y Quisquis. El año siguiente, pudimos sin estar terminado el edificio, sino a medio construir, comenzar allí a reunirlos, aunque las clases no se pudieron tener hasta unos meses después.

Con esfuerzo poco a poco se fue acabando la edificación y contamos por eso con un Centro de planta baja y 2 pisos altos, por donde han pasado de miles de personas que han acudido a la Obra en pos de una promoción, pudiendo aprovechar los beneficios completos que ofrece la institución.

Una vez que se tuvo el edificio se pudo acceder a admitir en los Centros muchas más personas que las que podíamos tener en las escuelas prestadas. Se abrieron más días de clases, pues a los principios sólo se tenían los domingos para los Varones y los miércoles para las Mujeres. Se fue viendo la necesidad de extender el servicio a más días y se van abriendo Centros femeninos los días lunes, martes y sábados.

Una Academia artesanal oficial

Se vio también la necesidad de abrir una Academia para chicas adolescentes, hijas de los obreros y obreras de los Centros, y en Julio de 1960 se inaugura una Academia de Corte y Confección, que se le llamó "Isabel María Ycrovi de Mathcus" en recuerdo de aquella primera Colaboradora que fue a recibir a Puná a las primeras Catequistas que vinieron a fundar a Guayaquil. Eran chicas que habían terminado su

educación Primaria y no podían seguir estudiando. Se les atendía diariamente con clases de Corte y Confección, Cocina, bordado y Religión, pero era una Academia informal.

En 1964 ya se oficializa como Academia de Corte y Confección y después de estudiar 3 años, obtienen su Título de Maestras en la especialización con el aval del Ministerio de Educación, Ministerio de Bienestar Social y de la Junta Nacional de Artesanos. En el año 1965 se graduaron las primeras Maestras de Taller de la Academia.

Esta Academia fue un gran servicio a esas chicas, pues era el grupo más pobre y marginado que teníamos, vivían con peligros enormes siendo abusadas en toda forma y se les pudo trabajar muy bien hasta el año 1981 en que se cerró la Academia por falta de personal y de medios económicos para sostenerla.

Crecen los servicios: la salud

En 1964 se abre un Dispensario Médico para atender la salud de nuestra gente, tan necesitada. Hasta entonces se les había atendido en su salud, consiguiendo que médicos amigos las recibieran en sus consultorios y les atendieran. Desde ese año se pudo tener médicos que les atendieran en el Dispensario y también una dentista.

La vivienda

En 1968 se comenzó a trabajar para cubrir una de las necesidades más urgente de nuestro pueblo: la vivienda. Con este motivo se organizó una Cooperativa de Vivienda "Nuestro

Hogar" para las personas de los Centros que desearan tener su casa. Se consiguió que el Gobierno Nacional nos donara un terreno en la vía 25 de Julio, y también tuvimos el apoyo de los Obispos Alemanes para tener el dinero necesario para preparar el terreno y hacer la infraestructura indispensable antes de empezar la construcción de las casas.

Ya se puede suponer los pasos y dificultades que todo esto trajo consigo, pero gracias a Dios todo se fue superando y se llegaron a construir 572 casas de 2 plantas, a precios totalmente populares, pues no se perseguía lucro, sino servicio.

A la Iglesia se le entregó un terreno y el Párroco consiguió sus ayudas y la construyó juntamente con la casa parroquial.

*La contabilidad de Dios:
almas...mundos de almas ...*

Lo que sí podemos asegurar que sería incontable es el bien espiritual que después de todo lo comentado desde la fundación de esta casa, se ha realizado con la gracia de Dios. Impresiona leer el diario de todos estos años, desde los comienzos y se puede apreciar el trabajo apostólico tan fecundo que aquí se ha realizado, a pesar de las dificultades que, como en todas partes, se suscitan.

Infinidad de personas han conocido a Dios, muchísimas las que han recibido los Sacramentos empezando por el Bautismo, por medio de la Obra. Esta contabilidad sólo el Señor la puede conocer y saber todo lo que El quiso hacer por medio de ella.

La participación de los laicos

Siempre se ha contado con un grupo de Colaboradoras o Voluntarias como ahora se dicen, que han tomado gran cariño a la Obra y a Dolores Sopeña, ellas podemos decir que son un puntal fuerte en nuestro trabajo, no sólo que secundan nuestras iniciativas, sino que son un empuje para nosotras mismas, con su creatividad e interés por todo.

Y desde el cielo, nos sigue ayudando!!

Siempre reconocemos que los cimientos dejados por las Catequistas que iniciaron esta fundación, fueron muy sólidos en sufrimientos, privaciones y pruebas, pero han dado y siguen dando frutos, con la bendición de Dolores Sopeña que desde el cielo también nos ha ayudado según lo prometió antes de morir. Por eso, ofrecemos al Señor todo lo que se ha vivido y realizado aquí, con la acción de gracias constante, que, como decía Dolores Sopeña, "dure tanto, cuanto duren nuestras vidas"

* Selección hecha por María Leonor Amador
Tomado de los Diarios de la Casa y de sus
propios recuerdos.

Guayaquil, mayo de 2001

IV ANEXO 4: Datos Biográficos de María Luisa Valenzuela Barriga.
(Nota de María Leonor Amador, agosto 20/07)

DATOS BIOGRAFICOS DE MARIA LUISA VALENZUELA BARRIGA

En mes de Junio del año 1.942, Lucha fue a Santiago de Chile para ingresar en el Instituto Catequista Dolores Sopena. Allí permaneció durante 5 años, recibiendo la formación que el Instituto brinda a todos sus miembros. Luego viajó a España para el curso que todas tenemos que tomar al terminar el tiempo de Formación. Después de este que duró 6 meses, se quedó trabajando en Madrid por más o menos un año, ayudando especialmente en la publicación de una Revista de OSCUS. Luego regresó al Ecuador.

Su primer destino fue Quito, donde trabajó durante unos 10 años con toda intensidad y entusiasmo. A finales del año 1.957 vino a Guayaquil, donde ha permanecido hasta el día de su fallecimiento.

El trabajo de Lucha en su ciudad fue fecundo. Primeramente estuvo encargada como Directora del Centro de Varones que funciona los domingos. Allí hizo un bonito trabajo poniendo las clases que a ellos les interesaba conforme el tiempo iba pidiendo otras necesidades.

Un día, nos contaba ella, hizo una encuesta en ese Centro, tratando de descubrir cuáles eran las principales necesidades de los obreros. Ella decía que pensaba que le iban a contestar que un campo de deportes o algo parecido, pero su sorpresa fue que la mayoría dijeron que su necesidad más urgente era una vivienda. Allí prendió en ella el deseo de procurárselas.

Movió cielo y tierra para emprender semejante empresa y aprovechó cuando se casó Lolita Rosales de hablar con Otto Arosemena, en ese tiempo Presidente de la República. Como era el momento en que estaban parcelando los terrenos del Guasmo que eran propiedad de Juan Marcos y lo hacía el Gobierno, Otto le prometió encontrar el lugar para que pudiera hacer la Ciudadela.

Por otro lado, ella empezó a pensar en la manera de poder financiar este proyecto de manera que fuera asequible para las personas que necesitaban la casa.

Con todas las sugerencias que recibió empezó a formar una Cooperativa de Vivienda que llamó "Nuestro Hogar". Por medio de esta Cooperativa ellos podían ir ahorrando para comprar la casa. Era la mejor manera de financiarla.

Fue así como en unos 15 o 17 años logró terminar la "Ciudadela Sopena" que cuenta con 573 casas, cada una de las cuales tenía 2 pisos: en la planta baja una sala-comedor, cocina, un baño completo y un pequeño patio. En el piso de arriba tienen 3 dormitorios y un baño. Las casas son de cemento armado, tienen todos los servicios de luz, agua, teléfono y alcantarillado. Al terminarla Ciudadela todos tenían sus casas pagadas y con su escritura de propiedad.

Al hacer los planos de la Ciudadela ella pidió al Ingeniero que pusiera el espacio para la Iglesia y también para un Centro de Capacitación nuestro.

Esta fue la Obra que por medio de OSCUS pudo hacer Lucha, con mucho esfuerzo y sacrificio, con tenacidad y diligencia, con la gran satisfacción de que había cumplido con la necesidad urgente de todas esas personas y sobre todo había dado gloria a Dios que la ayudó en ese proyecto de tanto beneficio para personas de escasos recursos. Habrá encontrado en el Cielo el fruto de su trabajo y la alegría inmensa de ver y estar con Dios! Que ella interceda por todos, por su Instituto y su familia que tanto ella quería.

*Srta. Maria Leonor Amador
agosto 20/07*

'ANEXO 5: Disolución de Cooperativa "Nuestro Hogar".

O.S.C.U.S.
OBRA SOCIAL CULTURAL SOPEÑA
GUAYAQUIL

Guayaquil, 1º de Septiembre de 1997

Sras. y Sres. Moradores de la Ciudadela Sopeña.
Ciudad.

Los abajo firmantes, María Leonor Amador Márquez, Presidenta de la Junta Directiva Nacional de OSCUS, Gabriel Montiel, Presidente de la Cooperativa "NUESTRO HOGAR" y María Luisa Valenzuela, Gerente de la misma Cooperativa, tenemos el agrado de comunicarles que la Cooperativa de Vivienda "Nuestro Hogar", según sus Estatutos, ha cumplido su objetivo y debe ser disuelta.

La Cooperativa, con un trabajo digno de encomio, por el esfuerzo de María Luisa Valenzuela, miembro de OSCUS y delegada por esta Institución para realizar la construcción de la Ciudadela Sopeña y juntamente con las Directivas de la Cooperativa que a través de esos años se sucedieron, construyeron las 570 casas en las que sabemos viven ustedes a gusto y felices de haberlas adquirido también con esfuerzo y sacrificio. Todas las casas están entregadas..

A fin de realizar los trámites legales, necesitamos una lista completa de todos los documentos que acrediten la propiedad de las casas de la Ciudadela.

Con este motivo, el Sr. HOLGER GONZALEZ, con Cédula de Identidad N° 0914657721, visitará su casa y, rogamos darle los datos que señalamos en la hoja adjunta. El Sr. Holger González, persona de toda confianza de OSCUS Y DE LA COOPERATIVA NUESTRO HOGAR, podrá ser ayudado por ustedes a cumplir esta labor, cuando él vaya a solicitarlo en sus domicilios.

Las personas que aún no han completado los trámites de: ESCRITURA DE PROPIEDAD, INSCRIPCIÓN EN EL REGISTRO DE LA PROPIEDAD, Y CATASTRO deben hacerlo inmediatamente, pues por razones obvias, una vez disuelta la Cooperativa, no se podrán realizar.

Agradecidos por su cooperación, deseamos sigan disfrutando de su casa hecha con tanto cariño y dedicación por parte de la Fundación OSCUS por medio de M^{ra}. Luisa Valenzuela y los diversos dirigentes de la Cooperativa "NUESTRO HOGAR".

Un cordial saludo para toda la familia, con la reiteración de nuestros sentimientos de amistad.
Atentamente



MARIA LEONOR AMADOR MARQUEZ
Directiva Nacional de OSCUS
Presidenta



GABRIEL MONTIEL COBA
Presidente



MARIA LUISA VALENZUELA B.
Gerente

Cooperativa de Vivienda "NUESTRO HOGAR"

BIENES DE LA CAPITANA

El Instituto Nacional de Patrimonio Cultural analizará la decisión de la Procuraduría que dispuso dividir entre el Estado y la empresa Subterránea Descovari, los bienes del yacimiento La Capitana.

Viernes 8 de diciembre de 1997 EL UNIVERSO

Santiago de Guayaquil

Actualidad

Día Internacional del Voluntariado Vivir para servir

El haber gestionado viviendas para más de 500 familias y graduado a miles de personas en actividades artesanales y técnicas a través de los cursos que ofrece la Fundación Orea Social Cultura Sopena (Oscus), son entre otras las satisfacciones que hacen sentir realizada a la voluntaria guayaquileña María Luisa Valenzuela Barriga, de 85 años de edad.

Asegura que desde muy pequeña se sintió orientada a servir, "siempre que veía a personas con necesidades, me decía yo puedo hacer algo por ellas y buscaba la forma de ayudar, era una inquietud incontrolable".

En 1942 decidió ingresar a la Fundación Oscus y empezó a trabajar por conseguir recursos para mejorar el local, hacerlo más funcional e incrementar la cobertura de los servicios a la mayor cantidad de hombres y mujeres.

Las viviendas

Cuenta que lo de las viviendas vino después, "cuando las condiciones de Oscus eran mejores, un día me paré delante de los estudiantes y les pregunté, ¿qué les hace falta?, pensé que me pedirían herramientas, pizarra, o que les cambiara de profesor, pero la respuesta de ellos fue: una casa".

Dice que esa respuesta la motivó y le fue en la mente la idea de ayudarles a conseguir vivienda de alguna manera.

"Ya con ese propósito diémosle vuelta en la cabeza", dice.



■ María Luisa Valenzuela Barriga recibió ayer la distinción de Voluntaria del año que otorga Acorvol, en reconocimiento a la labor desarrollada por más de 55 años de servicio.

Aromena, me acerqué a él y le dije sin más: necesito un terreno; para mi buena suerte él me respondió: ¡Te sirve uno de 80.000 metros cuadrados!, y ya le dije por supuesto".

En ese momento inició los trámites de legalización y escrituración de los terrenos ubicados en el sector que se conoce como La

tiva Nuestro hogar" y un préstamo de los obispos alemanes -que se convirtió en donación- se iniciaron el terreno y la instalación de servicios, lo que permitió empezar a construir y entregar las primeras casas.

La tarea duró 17 años, tiempo en el cual se entregaron 576 vi-

de suces.

"Me siento feliz de esta obra porque puede servir y más aún porque pese a que un voluntario jamás debe esperar nada, tengo el afecto de todas esas familias y me reúno los domingos con ellos a conversar y a hablar de las cosas de Dios", señala.

En reconocimiento a la vida de servicio a los demás que María Valenzuela ha llevado, la Asociación Coordinadora del Voluntariado (Acorvol) le otorgó ayer un título de oro como Voluntaria del año, durante el acto que se efectuó en conmemoración del Día Internacional del Voluntariado.

Mayor entrega

Manifiesta que esta vez muy contenta de ver cómo crece el voluntariado, "ahora vemos más grupos trabajando en áreas específicas y no solo dedicados a conseguir recursos como antes. Los voluntarios de hoy son más entregados y dinámicos".

Para mí el voluntariado es la realización personal, dice María Valenzuela, quien nunca se cansa porque en el transcurso de la vida de servicio que eligió no tuvo tiempo para pensar en ella.

Añade que al todo ser humano hay un voluntariado, "a veces jóvenes que tienen voluntad de servicio los días que no se pueden con las ganas, que buscan su utilidad y se involucran".

MIS RECUERDOS CON LA SRTA. MARIA LUISA

La conocí hace 22 años en la Cooperativa de Vivienda Nuestro Hogar, ingresar en la misma, ¡Qué difícil que era!; sin embargo, después de varias negativas y con ayuda de algunas personas, lo logré. Luego formé parte del Consejo de Vigilancia de la Cooperativa, donde la fui tratando y conociendo todos los domingos que nos reuníamos, Al comienzo, ella era muy seria en su trato con nosotros, pero poco a poco fueron aflorando los lazos de respeto, cariño y amistad; respeto por ser la Gerente de la Cooperativa, cariño porque le decíamos que era nuestra Madre espiritual a lo que ella sonreía afirmativamente y amiga porque ella siempre nos decía “Mis amigos de Sopeña.

Primeramente ella conducía la furgoneta hacia Sopeña, después cuando no pudo hacerlo, el Sr. Enrique Laaz la llevaba todos los domingos a la ciudadela en su carro el famoso “tronco móvil”, para escuchar la misa de 8:00 horas, Luego nos reuníamos a conversar, alguien brindaba un desayuno, escuchábamos a las personas que la iban a saludar o a participarle alguna noticia agradable o desagradable, también cantábamos acompañados por los acordes de guitarras, por cierto, su canción favorita era el pasillo sombras que también lo cantaba. ¡Cómo le gustaba la poesía! Siempre nos declamaba algunas y en varios idiomas, la que más recuerdo es EL PADRE NUESTRO. Los domingos terminaban con un pequeño paseo a servimos helados con pan de yuca, ella decía “este secuestro sí me gusta” y la dejábamos en la Villa Dolores.

Recuerdo una de las conversaciones cuando le dijo al Sr. Laaz que quería que él comulgue en la misa cuando ella falleciera, y la respuesta fue inmediata “para qué esperar tanto Srta. María Luisa lo haré desde ahora”, también intervino para que algunas parejas se casen por la iglesia como el caso del Sr. Máximo Montiel y su señora, es que siempre se preocupaba de la parte espiritual de nosotros, sus amigos.

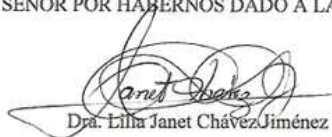
Nosotros, los moradores de Sopeña, siempre la invitábamos a nuestras casas y ella acudía gustosamente, recuerdo acompañarla en las casas de: Enrique Laaz, Rosario Lozano, Máximo Montiel, Mercedes de Mejillones, etc., le preguntábamos qué comida le gustaba más y nos sorprendió la respuesta: arroz con huevos y maduros fritos. También acudió a mi casa como visita y como paciente (soy Odontóloga) qué afortunada de tenerla en mi casa. En Sopeña siempre recibía el cariño y agradecimiento de sus moradores en sus visitas domingueras.

El tronco móvil fue testigo de muchos viajes dentro y fuera de Guayaquil, no solo eran viajes de placer, sino también de solidaridad, porque cuando ocurría un hecho doloroso, ahí nos hacíamos presentes los amigos de Sopeña dirigidos por la Srta. Lucha, tal es así, que recuerdo un incendio que ocurrió en el Guasmo y el domingo siguiente, nos dirigimos con ropa y otros accesorios a socorrer a los damnificados, les entregamos los objetos, pero me llamó la atención una estampita que la Srta. Lucha les quería obsequiar, algunos no la aceptaron, otros sí, pero lo que no sabían era que dentro de cada estampita había un billete de diez mil sucres, cuando se enteraron, todos le pedían a la Srta. Lucha la estampita. Junto a ella, aprendimos mucho con su ejemplo. También recuerdo los paseos por los principales sitios de la ciudad, comer en sitios elegantes y humildes celebrando su cumpleaños, también me viene a la memoria, los paseos a Ballenita y a Yaguachi entre otros, ella los disfrutaba, reía, era feliz con sus amigos de la Sopeña.

Hubo una época que se trasladó a OSCUS de Manta por algún tiempo, como no la podíamos ver, decidimos viajar allá cuatro de los amigos de Sopeña, al vernos se puso muy feliz y dijo que fue una sorpresa muy agradable y que no se imaginaba que se nos ocurriera ir hacia allá.

En los últimos años y por motivos de salud, no podía ir a Sopeña, entonces nosotros acudíamos los domingos a visitarla a la Villa Dolores, debo resaltar la fidelidad del Sr. Enrique Laaz de asistir TODOS LOS DOMINGOS a dicha visita, los demás también lo hacíamos pero de vez en cuando alguien faltaba por algún motivo ajeno a su voluntad, nos daba gusto verla sentada esperando a sus amigos de Sopeña, entonces conversábamos y no podía faltar el tema de las viviendas, cantábamos, disfrutábamos realmente de la amistad, del cariño y del agradecimiento; hasta que por su edad su salud se fue deteriorando, ya no la podíamos ver, sin embargo, la seguíamos visitando y el domingo anterior a su partida realmente se despidió de sus amigos de la Sopeña a través de la ventana de su cuarto.

¡GRACIAS SEÑOR POR HABERNOS DADO A LA SRTA. MARÍA LUISA!



Dra. Lilia Janet Chávez Jiménez